

---

## Mi experiencia del Resucitado en un barrio marginal\*

---

Vicente Amargós Cerezo

Desde Octubre del 99 soy párroco en un barrio de 7.000 habitantes situado en la periferia de Valencia. Construido hace diecisiete años para familias con escasos recursos económicos, debido a políticas sociales no siempre acertadas se han ido concentrando en él problemáticas familiares y sociales de todo tipo: desde situaciones de paro y precariedad laboral a problemas de delincuencia, droga, desestructuración familiar y marginación.

Al llegar, me encontré con una comunidad pequeña, pobre y, todavía, balbuciente. Como mucho no pasan de veinticinco o treinta las personas que se reúnen los domingos para celebrar la eucaristía. Unas lo hacen con más fidelidad, otras más irregularmente. Y junto a esta pequeña comunidad, el 99'5%: la gente que no va para nada a la parroquia o que sólo lo hace ocasionalmente.

Muchas son las preguntas que me he hecho desde el momento de mi llegada.

Pero mi principal preocupación ha estado centrada en cómo ser servidor del Evangelio en una realidad como ésta. Aquí quiero recoger algunos de los aspectos más significativos de mi presencia en el barrio y que expresan mejor aquello esencial de mi itinerario como discípulo y apóstol de Jesucristo en medio de los pobres.

### 1. La llamada a hacerme cercano

No es una llamada más de estrategia pastoral. Es la llamada del Resucitado que vive en mí. Ella apunta al corazón mismo de la misión. Yo la percibo como la llamada que vertebra interiormente lo esencial del ministerio.

Responder a ella acogiéndola como una gracia, es adentrarse en el dinamismo interior del Enviado del Padre y es servir como Él al acercamiento salvífico de Dios. Acercarse a los hombres como Él lo hizo, deviene entonces la acción fundamental del sacerdote. No es una

---

\* Testimonio presentado en valenciano como base para la reflexión pastoral del colectivo sacerdotal "Grup de Rectors del Dissabte" (Valencia), en la Pascua de 2005. La traducción al castellano es del propio autor.

Vicente Amargós Cerezo es párroco del Barrio de La Coma (Valencia).

más entre otras. Es la realidad ministerial que nos define en directo: el sacerdote es el hombre que en Jesús, con Él y como Él, se acerca a los hombres.

Es la llamada que percibo permanentemente en el contacto diario con la realidad del barrio, viendo a la gente, acogiendo y escuchando a todos, interesándome por ellos, atento siempre a lo que viven, sufren y esperan. Cada persona que viene con sus necesidades y sus problemas, en el fondo me trae siempre el regalo de esa llamada: “tengo que hacerme cercano, más cercano”.

Es la llamada que escucho también en mi E.E., en la contemplación de Jesucristo y en la oración. Es aquí donde la percibo con más fuerza y claridad. Es entonces cuando redescubro una vez más la necesidad imperiosa, hondamente sentida, de conversión personal, para entrar de verdad en el movimiento mismo de Dios que en la persona de Jesús se acercó a los hombres y a lo más débil y necesitado de ellos.

¿Cómo no acogerla entonces como una gracia?... ¿Acaso no es el Crucificado-Resucitado el que me llama?... ¿Quien no cesa de llamarme desde el corazón mismo del barrio, para que con Él y como Él me haga cercano a los pobres y pequeños?... Por eso quiero acogerla con todas mis fuerzas y hacerla eficaz, siguiendo a Jesucristo más de cerca. Así lo deseaba el P. Chevrier: “Mon désir est que vous-mêmes, vous suiviez Nôtre Seigneur de près”.

Consecuente con esta decisión y movido por la necesidad de ahondar en el conocimiento de Jesucristo, redescubro también que el camino del acercamiento a los hombres, escogido por Él y que yo debo rehacer en medio de los

pobres del barrio, no es otro que el camino hacia la Pascua. Adentrarme en él, siguiendo a Jesucristo más de cerca, es mi principal preocupación y mi primer trabajo como respuesta a su llamada. Adentrarme y avanzar en el conocimiento de Él... hasta contemplarle y verle y sentirme cada día seducido por la bondad y la grandeza de su alma. Adentrarme y avanzar... dejando que Él me trabaje y vaya trazando en el día a día de mi pobre persona aquellos rasgos suyos que me hagan semejante a Él.

Recojo así mi experiencia:

a) *Acercarme a la gente del barrio, rehaciendo con Él el camino de la misericordia del Buen Pastor*

En mi ir y venir por el barrio puedo verle y contemplarle una y otra vez, tomando la iniciativa y marchando de un lado para otro al encuentro de los pobres. Le veo acogiendo y curando a todos sin prisa, imponiendo sus manos sobre cada uno... Le veo escuchando el grito de los más pobres, dialogando con ellos, parándose ante el más débil y necesitado, tendiéndole su mano, tocándole... Es el Resucitado que hoy, aquí, en el barrio se acerca y toca con su mano liberadora al hombre, al leproso (Mc 1,14)... Es el Resucitado que me precede y marcha siempre delante de mí..., que en mí sigue acercándose hoy a los preferidos del Padre.

Le veo y contemplo. Y quedo maravillado por la inmensidad de su amor y su ternura. Le contemplo y le siento al fondo de mí mismo, “movido de compasión” al ver las gentes del barrio “maltrechas y derrengadas como ovejas sin pastor” (Mt 9,35). Es el Siervo que hoy marcha aún hacia su Pascua por el cami-

no de la misericordia del Buen Pastor. Movido por su amor y su ternura, Él se entrega totalmente. Es el Signo de la Misericordia del Padre, que en Él se acerca preferentemente a los pobres, sanando..., tocando su debilitado corazón..., humanizándolo..., salvando..., ¡dando vida!... Es el Sacramento del Amor del Padre que “no quiere que se pierda ni uno sólo de esos pequeños” (Mt 18,14). Y con Él y como Él, yo soy enviado cada día para ser signo, expresión histórica, del Amor del Padre junto a los más pobres en el corazón mismo del barrio.

b) *Acercarme..., rehaciendo con Él el camino de su abajamiento*

Le contemplo recorriendo el barrio y quedo maravillado por su tenacidad en acercarse a todos... Despojado de todo, para que nada ni nadie pueda obstaculizar su acercamiento... Pobre como cualquier vecino, vive desde abajo la precariedad y la exclusión social. Haciendo suyas su pobreza y sus luchas..., se abaja hasta el lugar de los últimos. Se acerca, abajándose. Es el Servidor “que ha tomado nuestras dolencias y cargado con nuestras enfermedades” (Mt 8,17). En Él acercamiento y abajamiento se abrazan e identifican. Jamás podré yo hacerme cercano a los más pobres del barrio, si no me abajo de verdad y me sitúo entre ellos como el servidor de todos. “El Hijo del Hombre ha venido, no para ser servido, sino para servir y dar vida” (Mc 10, 45).

¡Difícil y costoso el camino escogido por el Señor!... ¿Cómo no sentir en mí mismo las resistencias de la débil condición humana?... Todos los días puedo experimentar su dificultad y su dureza en el esfuerzo personal por acercarme a

todos. Pero llamado por Él, debo rehacerlo cada día y adentrarme en el corazón mismo del barrio como lo esencial y prioritario de mi ministerio. Movido entonces por su amor, experimentado todos los días en lo hondo de mí mismo, “movido de compasión” yo también..., es Él el que se abaja en mí y se acerca.

Acercarse, pues, con Él..., como Él..., siendo signo del acercamiento salvífico del Amor del Padre a los pobres y pequeños..., es despojarse, hacerse pobre y humilde de corazón en medio de ellos... y es abajarse un día y otro hasta el lugar de los últimos “ne par contraite, mais par attrait et par amour” (P. Chevrier). Es la gracia que cada día pido y que estoy decidido a acoger.

c) *Acercarme..., rehaciendo con Él el camino de la obediencia hasta el don total de sí mismo*

En su tenacidad por acercarse preferentemente a los últimos y hacer reconocible el Amor del Padre en medio de ellos..., le contemplo avanzando esforzadamente en su camino de entrega y abajamiento... Le contemplo sumido en la prueba: “Aparta de mí este trago” (Mc 14, 36)... “A gritos y con lágrimas, ofreció oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte; y Dios lo escuchó, pero después de aquella angustia, Hijo y todo como era” (Hb 5,7)... “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mc 15,34)... “Sufriendo aprendió a obedecer” (Hb 5,9)... “No se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú” (Mc 14, 36).

Le contemplo obediente hasta el don total de sí mismo... y quedo sobrecogido por tanta grandeza..., tanta belleza en su

alma... ¡Qué atrás quedan mis pasos!... ¡Qué pobres mis deseos de seguirle más de cerca!... ¡Cuántas pequeñas infidelidades tejidas en el camino de mi obediencia a la llamada de los pobres!... ¡Cuántas excusas para justificar mi falta de generosidad!... Y sin embargo Él vive en mí con su llamada insistente y confiada: “Sígueme”.

¿Sabré llegar con Él hasta el don total de mí mismo?...

**2. Desde el acercamiento a los más pobres...  
... a la contemplación del Resucitado en sus vidas**

[De mi *Cuaderno de Vida* recojo brevemente un par de hechos que traduzco al castellano].

a) *Con la sonrisa brotó la esperanza (17-2-03)*

Esta tarde Eva María vino al despacho parroquial: “¿Es usted el párroco?... Quería hablar con usted”... Le digo que se siente. Era la primera vez que la veía. Habla muy bajito. Su voz temblorosa denota una gran debilidad. Tiene una mirada apagada, triste, muy triste, reveladora de una gran pena en el corazón... “Mi marido está muy enfermo. Mi único hijo murió la noche de fin de año. Tenía cinco añitos... Padecía una parálisis cerebral...”. Y mientras habla y la escucho, un nudo me oprime el corazón... “¿No sabe de algún trabajo para mí? No tenemos nada”...

Hablo con Teresa que está en el despacho de Cáritas: “¿Qué podemos hacer?”... De momento podríamos hacerle una compra de alimentos. Voy con Eva M<sup>a</sup> al supermercado. No se atreve a

escoger las cosas. Tengo que animarla: leche, azúcar, yogures, aceite, jamón York, naranjas...

La acompaño a casa. Me presenta al marido, Antonio. Al tiempo que le acerco la mano, noto en él un movimiento de querer besármela. Descubro que no tienen muebles. Hace frío, mucho frío para un enfermo de sida. La casa está helada y les pregunto si aceptarían una estufa de butano. Sonríen y me voy al piso de Cáritas a por la estufa y la bombona de gas.

Al rato les llevo la estufa, que encendemos y comienza a calentar la casa. Vuelven a sonreír... Y el rostro de Antonio se ilumina... Me recuerda la mirada de Enrique, el hijo de María la gitana, allá en el Barrio del Cristo, cuando le daba el yogur a cucharaditas porque ya no podía tragar... Y la de Manuel en “Mas al Vent”, ya sin habla, al ver a su hermana Encarni...

*[Hoy, Señor, he visto el rostro humano de dos vidas aplastadas por el sufrimiento, la enfermedad y la pobreza... Y he visto su sonrisa... Y he sentido allá en lo hondo que el corazón se me llenaba de una ternura inmensa... “Él hizo tuyas nuestras dolencias y cargó con nuestras enfermedades” (Mt 8,17). ¿No es éste el camino del discípulo?... Haz, Señor, que mi esfuerzo por seguirte más de cerca sea expresión concreta de que Tú estás ahí, en fidelidad y en solidaridad radical con ellos].*

Al despedirme de Antonio, le di un beso y él me dio otro. También Eva M<sup>a</sup>. Y de nuevo la sonrisa iluminó sus rostros.

\* \* \*

b) *Hacia la esperanza en la dignidad recuperada (7-3-01)*

Esta mañana he acompañado a las mujeres del “Grupo Esperanza”. Hemos hecho Revisión de Vida. Habíamos estado viendo un hecho muy cercano a ellas: una mujer, cuñada de P., sufría desde hace tiempo malos tratos de su marido. Todas ellas han tenido o han vivido de cerca historias parecidas. El grupo ha sido un espacio que las ha ayudado a recuperar su autoestima y a sentirse de nuevo personas. Hoy son mujeres capaces de comprometerse solidariamente en los esfuerzos por la promoción del barrio.

La mujer del hecho que analizamos es una persona joven, con tres niños, que sufre lo indecible: el marido la insulta a diario, le pega, la acosa, le grita: “Sólo sirves para que te follen. ¡Ven aquí!”... Es una mujer humillada, violada, rota por dentro... Una mujer que ha perdido toda su autoestima. Una mujer sometida, aplastada, abatida, presa de miedo, de mucho miedo. Una mujer aterrorizada..., abandonada a su suerte.

Llegado al Juzgar, el grupo fue expresando su repugnancia y su rechazo a tanto sufrimiento. No es justo. Un sentimiento de indignación se reflejaba con fuerza en los rostros de las mujeres. “Bien –les indico–; decís que no es justo... ¿Y Jesús? ¿Qué nos diría Jesús?... El está aquí en el grupo. Si pudiéramos verle sentado como uno de nosotros y oírle, escucharle, como nos oímos y escuchamos nosotros... ¿qué nos diría?...”. Se hizo un gran silencio,

como de escucha. Concha, señalando el pequeño tablero en el que fuimos anotando las vejaciones y el sufrimiento de la mujer, dijo: “Jesús nos diría: Yo he pasado por todo eso”. Nuevo silencio en el grupo. Fue como escuchar a Jesús: “Yo hago míos esos sufrimientos. Yo estoy de parte de la mujer... Estoy con ella y mi Padre, con todo su amor, también sufre con ella...”.

Y añadía: “hoy en esta Revisión de Vida hemos contemplado la presencia del Señor Crucificado-Resucitado en el grupo. Ciertamente Él vive en los pequeños, camina con ellos... Ha estado y sigue estando presente en la historia de cada una de estas mujeres: Paqui, Reme, Pepi, Concha, Ester... Él sigue amando..., actuando..., hablando en ellas... Hoy se nos ha mostrado en el rostro humillado, aplastado, de una mujer maltratada”... El grupo se ha sentido fuertemente interpelado: “Si Jesús, el Señor, vive en nosotras..., siempre hay un motivo para la esperanza”.

### 3. Oración final agradecida

*Gracias, Señor; por esta presencia tuya. Haz que yo pueda verte y contemplarte cada día... Abre mis ojos y mi corazón, para que pueda reconocerte en la vida del barrio..., en las alegrías de la gente, en sus sufrimientos y miserias... Haz que pueda verte y contemplarte... y amarte y seguirte en tu camino de entrega, identificado, abrazado solidariamente a todos ellos.*

*Gracias, Señor.*